



Érase una vez... El Cuero

Capítulo 2: El Arte del Curtido Vegetal

(Edad del Bronce, ≈3.000 - 1.200 a.C.)

Tras el descubrimiento de Kael sobre el secreto de la piel curada, muchas lunas pasaron, y su nombre comenzó a resonar en los valles y montañas cercanas. Con el tiempo, su pequeña aldea creció, y otras tribus comenzaron a escuchar las historias sobre el joven que había transformado la piel de los animales en algo más que una simple capa contra el frío. Kael, ahora conocido como el “Maestro del Cuero,” viajaba de aldea en aldea, compartiendo sus secretos y enseñando a aquellos que deseaban aprender.

Sin embargo, aunque su técnica de curtir la piel con grasa animal era muy eficaz, Kael sabía que el trabajo podía mejorarse. La grasa, aunque útil, era un proceso lento y no siempre producía los mejores resultados para todas las pieles. Un día, mientras paseaba por un bosque cercano, Kael encontró un árbol desconocido para él. Las cortezas de su tronco eran gruesas, rugosas, pero desprendían un aroma peculiar, fresco y terroso. Intrigado, Kael comenzó a raspar una pequeña cantidad de la corteza con su cuchillo de piedra y la frotó sobre una de las pieles que llevaba consigo.

La corteza comenzó a liberar un líquido espeso y pegajoso que Kael no tardó en entender que podría ser útil. Durante varios días, aplicó más corteza sobre la piel y la sumergió en agua. Después de un tiempo, notó que la piel ya no solo se había suavizado, sino que también se había vuelto más flexible, y algo en su interior parecía fortalecerse. Este era el primer indicio de lo que más tarde se conocería como el **curtido vegetal**, una técnica que transformaría el mundo del cuero para siempre.

Con esta nueva técnica, Kael regresó a su aldea y comenzó a enseñar a los suyos cómo recolectar la corteza de los árboles más viejos y cómo usarla para mejorar el cuero. Se dieron cuenta de que la corteza de ciertos árboles, como el roble y el abedul, era especialmente útil para curtir la piel de manera más duradera. Kael también descubrió que podía mezclar la corteza con otras plantas y hierbas que encontraba en el bosque para crear pociones mágicas que reforzaban aún más el cuero, dándole propiedades especiales: más resistencia, flexibilidad y color.

Pero no todo fue sencillo para Kael. A medida que la noticia de su descubrimiento se extendió, llegaron tribus vecinas, interesadas en el arte del curtido vegetal. Aunque muchos querían aprender, algunos lo veían como una amenaza. Los habitantes de una tribu vecina, conocida por su destreza en la caza de grandes animales, querían monopolizar el uso del cuero para sus propias armaduras y objetos. Un día, un líder de esa tribu, un hombre fuerte llamado Tharn, llegó hasta la aldea de Kael con la intención de exigirle el conocimiento de su técnica.

— “Kael,” dijo Tharn con voz grave, “tus secretos son poderosos. Y los necesitamos para nuestra tribu. Nos pertenecen.”

Kael, aunque sabía que su descubrimiento podía cambiar muchas vidas, no podía permitir que su arte fuera usado solo para la guerra. Le habló con calma:

— “El cuero no es solo para los guerreros. Es un vínculo con los animales que cazamos, con la tierra que nos da todo. No debe ser usado solo para destripar y destruir. Debe proteger, abrigar y honrar.”

Tharn no quedó satisfecho, pero antes de que pudiera hacer algo más, Kael le ofreció un desafío.

— “Te invito a un reto, Tharn. Si eres capaz de demostrarme que puedes utilizar el cuero para algo más que para la guerra, te compartiré mi conocimiento. Pero si solo lo usarás para destruir, entonces no recibirás nada de mí.”

Tharn, con su orgullo herido, aceptó el desafío. Durante días, ambos trabajaron en un taller improvisado en el borde del bosque, donde Tharn intentaba demostrar que el cuero podía ser usado solo para hacer armaduras y armas. Pero Kael, con su paciencia, mostró que el cuero también podía usarse para otros fines: para hacer ropa más ligera

y duradera, zapatos que protegieran los pies en las largas caminatas, y hasta mochilas y sacos que resistieran las inclemencias del tiempo.

Al final, Tharn se dio cuenta de que el cuero no solo servía para el combate, sino que era una herramienta poderosa para muchas otras necesidades. Satisfecho con su lección, aceptó el conocimiento de Kael y se retiró de la aldea con nuevas ideas sobre el cuero.

Kael, por su parte, continuó su labor de enseñar a los suyos a recolectar corteza, a curtir la piel de manera más eficiente, y a respetar la naturaleza de los animales que sacrificaban. Aprendió que el cuero no solo podía proteger, sino también contar historias de las tribus, como las ropas talladas con símbolos que representaban los espíritus guardianes de la tribu, o las mochilas que llevaban las huellas de las grandes migraciones.

A medida que pasaban los años, la habilidad de Kael para tratar el cuero se perfeccionaba. Su aldea prosperó gracias al intercambio de cuero con otras tribus, y Kael se convirtió en un anciano respetado, cuya sabiduría era buscada por todos. Sin embargo, nunca dejó de explorar los secretos de la naturaleza, y siempre encontró tiempo para enseñarle a los más jóvenes cómo escuchar la tierra y aprender de ella.

Fin del Capítulo 2.

Este capítulo cubre el descubrimiento de la técnica de curtido vegetal por parte de Kael, y cómo su habilidad se convierte en un puente entre tribus y culturas. También resalta la importancia del respeto por la naturaleza y la función del cuero más allá de las armaduras.



Erik el rojo